

¡SEÑOR... QUE PUEDA VER! por Javier Leoz

Que sea consciente de las cegueras que salen a mi encuentro
Que esté dispuesto, siempre que haga falta,
a reconocer que el mejor oftalmólogo para mis ojos eres Tú;
que la escucha del Evangelio es la mejor receta,
la eucaristía el colirium más saludable y certero;
la oración la mejor intervención quirúrgica para saber
hacia dónde y cómo mirar;
una iglesia la mejor consulta para la miopía.

¡SEÑOR...QUE PUEDA VER!

Es el mundo quien al borde del camino
necesita una palabra de aliento
Es la humanidad arrogante y hedonista pero vacía
Es el ser humano que quiere
y no puede dirigirse en la dirección adecuada
Es la tierra que en un afán de verlo
y entenderlo todo se niega a la visión de Dios
Es el grito de aquellos que queremos estrenar
"gafas nuevas" para andar por caminos nuevos sin miedo a caernos.

PEDIR LO IMPOSIBLE

Que no seamos como aquel hermano nuestro que, no reconociendo la
disminución en su vista, al pasar por delante de una consulta médica y
confundiendo un árbol con un peatón le dijo: "yo no necesito ningún
oftalmólogo...gracias a Dios veo muy bien".

La FE, entre otras cosas, son los OJOS para situarse ante las
personas, ante los acontecimientos de la vida,
ante nosotros mismos, ante las dificultades
o los éxitos con una dimensión más profunda y verdadera: JESUS.
Que, como Bartimeo, pidamos a Dios incluso lo imposible:
la vista en medio de tanta oscuridad.

Pero, sobre todo, y que al igual que Bartimeo,
cuando abramos los ojos,
lo primero que veamos sea el rostro de Jesús.

¡Feliz Día del Señor! ¡Que veamos!

--

- **PRECES, PADRE NUESTRO**
- **ORACIÓN:** Dios todopoderoso y eterno, aumenta nuestra fe, esperanza y caridad; y para conseguir tus promesas, concédenos amar tus preceptos. Por Jesucristo, nuestro Señor

GRUPO ORACIÓN PARROQUIA SAN GERMÁN

XXXº DOMINGO T. O.

27 octubre 2024



En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Señor Dios Padre nuestro, te pedimos gracia para comprender mejor la Palabra que se transmite en la Eucaristía Dominical. Concédenos la presencia cercana y gratificante del Espíritu Santo. Te lo pedimos por tu Hijo --y Maestro Nuestro--el Señor Jesús.

Jesús nos cura la ceguera

Todos estamos un poco ciegos. Todos necesitamos suplicar al Maestro –como Bartimeo– que nos dé la vista para seguir caminando. El evangelio de este domingo nos hace ver como Jesús de Nazaret ve. Con la mirada puesta en el amor y en la felicidad de los hermanos. Mirada limpia que mejora las dificultades y los temores. Vayamos, pues, detrás de Jesús, gritando de alegría, porque nos ha dado la vista de la fe.

✠ LECTURA DEL SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS 10, 46-52

En aquel tiempo, al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente, el ciego Bartimeo (el hijo de Timeo) estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar: --Hijo de David, ten compasión de mí.

Muchos le regañaban para que se callara. Pero él gritaba más: --Hijo de David, ten compasión de mí.

Jesús se detuvo y dijo: -- Llamadlo.

Llamaron al ciego diciéndole: -- Ánimo, levántate, que te llama.

Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús. Jesús le dijo: -- ¿Qué quieres que haga por ti?

El ciego le contestó: -- Maestro que pueda ver.

Jesús le dijo: -- Anda, tu fe te ha curado.

Y al momento recobró la vista y lo seguía por el camino.

Palabra del Señor

LA MEDITACIÓN

1. “Tú ves lo que quieres”. Así de claro y conciso se dirigía un profesor a un alumno incapaz de asimilar algunas cuestiones de astronomía. Y es que, para ver algunas estrellas, primero es preciso y esencial creer en que, más allá de nosotros mismos, existen todas ellas. Es importante para ver, creer. O por lo menos, para ver en cristiano, es necesario ante todo pensar y creer en cristiano. El ciego que nos trae el Evangelio de este domingo fue a por todas, creía sin ver y viendo en su interior creyó: ¡QUE PUEDA VER! Podría haber pedido algo tangencial pero sin luz. Bienestar pero sin vista. Placer pero sin mirada. Sueños pero sin amaneceres. El ciego, ante Jesús, tuvo clara una cosa: quería ver por fuera al que, de antemano, ya veía por dentro, a Jesús.

2.- El libro de la Consolación del profeta Jeremías es un canto a la esperanza. El pueblo en el exilio recibe el anuncio de que se acerca su

liberación: una gran multitud retorna: cojos, ciegos, preñadas y paridas.... El Señor es fiel a su pueblo, es un padre para Israel. ¡Qué anuncio más gozoso, qué gran noticia! La alegría del pueblo será inmensa. Por eso, cuando se hace realidad la promesa del regreso a casa entona el salmo 125 "El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres". ¡Cómo no estarlo si sabemos que Dios camina a nuestro lado pase lo que pase! Brota espontáneamente la alabanza en el "resto de Israel".

3.- El pueblo de la Nueva Alianza experimenta también que Dios salva. El ciego Bartimeo, el hijo de Timeo, simboliza la nueva humanidad, es el prototipo de cada uno de nosotros. El maravilloso relato de cómo se acerca a Jesús está cargado de simbolismo. Él es un necesitado que pide compasión, pero no una compasión lastimera, sino pide solidaridad en su sufrimiento y liberación de la carga que sufre. Es una llamada de atención ante la falsa resignación dolorista, que no permite al que sufre salir de su postración. Bartimeo sí quiere salir de allí y por eso grita más y más. Hace todo lo que está de su mano para sobreponerse a su debilidad. Hasta se atreve a llamar a Jesús con un título mesiánico, "Hijo de David", porque está seguro de que Él es el Mesías, el único que puede salvarle. Sabe que se la juega, porque se van a meter con él por su osadía, pero tiene fe, mucha fe. Y sabe que merece la pena intentarlo todo para llegar hasta Jesús

4.- Jesús le pregunta, curiosamente, lo mismo que les preguntó en el evangelio del domingo pasado a los hijos de Zebedeo: "¿Qué quieres que haga por ti?". Pero la actitud del ciego es mucho más auténtica que la de Santiago y Juan. Simplemente quiere curarse, quiere ver. Y Jesús le cura porque tiene mucha fe: "Anda, tu fe te ha curado". El ciego ha puesto de su parte, no se ha resignado a quedarse allí quieto pidiendo limosna, "dio un salto y se acercó a Jesús". Es lo mismo que pide de nosotros, que demos el salto, que salgamos de nuestra apatía y vayamos a su encuentro. Lo más grande que nos puede pasar es encontrarnos con Jesús. Es un encuentro mutuo: nosotros le buscamos y Él se hace el contradizo. Ante tanto desaliento como hay muchas veces en el ambiente, ante tanta desesperación, ante tanto estar "de vuelta", ante lo imposible, Jesús convierte en realidad nuestros anhelos. Es posible realizar nuestros deseos y proyectos de un mundo más justo y humano si colaboramos con Jesús. No nos cansemos de pedir como Bartimeo que nos ayude a ver, porque sin Él no podemos hacer nada. Ese ver es recuperar el optimismo, la esperanza, las ganas de vivir y de trabajar por el Reino de Dios.